

4. La cena familiar

(Erick)

Me parecía tonto preocuparme tanto por una cena cualquiera... Era solo eso, una cena. Con mi casera y mi *(antiguo y recientemente superado total y absolutamente)* ex-crush. Pero sin embargo ahí estaba yo, frente al espejo ya habiendo gastado al menos unos 45 minutos mientras recorría cada centímetro de mi rostro para evitar algún pelito sobreviviente de la hojilla de afeitar o algún barrito incipiente. Cuando estuve medianamente satisfecho y una parte de mi rostro enrojecida por el abuso, miré el desastre de cabello sobre mi cabeza y di un largo suspiro. Debía ir por un corte de cabello, pero odiaba de sobre manera también mi cabello corto y prefería no gastar en hacerme unos retoques del mismo coste si bien podría quedarme casi pelón y hacer valer esos 80 pesos en la barbería. Que solo es cabello, ¡por dios!

Pensar que un par de cortes en la barbería valían lo mismo *(o poco más)* que media jornada diaria de trabajo me deprimía. Pero en general, pensar mucho en la vida adulta me deprime en general. Así que preferí no pensar en eso, sacudirme un poco frente al espejo, como si fuera un boxeador listo para una pelea, *(o más bien un delgado chango con energía)* y comencé a buscar la ropa que me pondría.

Me asusté al comprobar que no tenía más que playeras con superhéroes o dibujos animados, tenía algunos jeans ajustados, con algunos parches infantiles aquí y allá que les había puesto. Me había vuelto un descuidado con mi paga, gastándola en accesorios y

ropa que usaba a veces para andar en casa o para tomarme fotitos en instagram. Me encantaba, pero era solo para modelarla o usarla en secreto, solo eso. Una de las ventajas de no tener amigos AB/DL en mi ciudad era quizá que todo lo que mostraba en mis cuentas de redes sociales podría ser una perfecta y controlada fantasía que hacía creer a los demás. Me encantaba esa pequeña sensación de atención, ver los corazoncitos aumentando, los comentarios que se llenaban de "niño bello", "quiero un bebé como tu", "eres muy valiente" y un montón de cosas por el estilo.

Si supieran que no me sentía nada valiente de vestir aquellas ropas infantiles encerrado en mi pequeño mundo de cuatro paredes. Pero cuando decían todo aquello una parte profunda de mi lo creía. Se calentaba mi corazón y regresaba la sangre a mis mejillas mientras una sonrisa tonta se dibujaba en mi rostro. Si tan solo uno de todos esos que comentaban estuviera a menos de un bus o un vuelo de distancia. Quizá toda aquella fantasía sería una pizca más real.

Terminando de revolver todo mi guardarropa, estresado, di con una playera negra con una estrella enorme en el centro. Seguía siendo una playera infantil, la misma que vestía *Steven Universe* en su película para niños de *Cartoon Network*. Pero eso no significaba que al menos, para los que no estuvieran enterados de eso, no pudiese pasar por una playera juvenil cualquiera. Me dejé los pantalones del trabajo y miré mi reflejo en el espejo. Podía pasar por un joven normal, como cualquiera. Como si de alguna forma vestirme diferente fuese a dar cuenta de que *Soy diferente...*

Suspiré otra vez, me puse una pulsera de rayas arcoiris en la mano izquierda. Me gustaba dejarlo como una pequeña pista de que no era hetero... Desde que salí del closet con mi familia, incluso algo tan pequeño

como una pulsera les solía molestar. "Hijo, no deberías andar por ahí con esa cosa" "¿Qué significa eso?" podía escuchar a mis padres en mi cabeza, juzgandome abiertamente por un pedazo de velcro en mi muñeca. Si aquello les molestaba no me quería sentar a pensar en qué pensarían de descubrir mi gusto particular por los pañales y las cosas de bebé. En definitiva era algo que pretendía llevarme a la tumba de ser necesario. Sin darme cuenta, el atardecer había llegado, la luz que entraba de mi ventana se volvió rojiza y toda mi habitación se tiñó de un naranja deslavado. Se acercaba la hora de ir a la cita, digo, ¡cena!

El miedo me recorrió las piernas, y una sensación de hormigueo se apoderó de mis terminales nerviosas. En mi adolescencia, a los 16 años, había pasado unas semanas con una fuerte infección urinaria. Aún recordaba lo abochornante que había sido tener que explicarles a los profesores que frecuentemente sentía una urgencia de correr al baño solo para que muchas veces solo fuera una falsa alarma y no saliera de mi ni una gota. Me había vuelto un desquiciado por encontrar rutas rápidas de cualquier parte hasta mi casa, o de no visitar ningún lugar que no supiera yo que tenía un baño cerca.

Recordaba con bochorno como una amable profesora incluso había sugerido que usara pañales durante el periodo de clases para evitar interrumpir mi aprendizaje. "Hay muchos chicos que los usan también, es lo más normal del mundo", había dicho con una sonrisa sincera y amable que me aterró, justo cuando pidió que me quedara después de una clase. Por fortuna nunca le dijo aquello a mis padres, que empezaban a molestarse de mi problema y que estuviese siempre tan nervioso al salir de casa.

Por fortuna el problema desapareció por sí solo cuando terminé la preparatoria. Quizá solo necesitaba

un descanso de las responsabilidades, los exámenes y pensar en mi futuro. Así que tan pronto me libré de todo aquello, mi problema desapareció (aunque no del todo). Aún solía preocuparme un poco no ubicar los baños, o las situaciones donde tuviera que evitar moverme por mucho tiempo me generaban demasiado estrés.

Claro que mi maestra de química no estaba muy lejos de la solución cuando me lo dijo con confianza a mis 16... los pañales eran una buena forma de lidiar con ese estrés. No para usarlos, porque nunca llegaba a usarlos en un lugar público ni fuera de casa. Pero al menos sentirlos me ayudaba a evitar pensar en las urgencias y en los baños. Era como un hechizo, tan pronto me ponía uno, mi vejiga se volvía de hierro y podía estar horas y horas sin pensar en necesitar un baño.

Supongo que era alguna clase de trampa o placebo para mi mente; "Llevas un pañal puesto, ¿quién necesita un baño? Ya tienes un baño integrado". Absurdo, ¿no lo crees? Pero esa era un poco la lógica que funcionaba conmigo y me mantenía tranquilo y feliz. Y si funcionaba, para mí estaba bien.

Suponía que era más económico gastar en algunos pañales a la semana que depender de ansiolíticos costosos. Así que de la forma más madura que pude, me repetí que nadie se daría cuenta de nada, pero que los necesitaba al menos por esta noche. Me quité los pantalones y tomé uno de los pañales tipo ropa interior de mi estante de pañales, de los más delgados que tenía, y me los puse en lugar de mis boxers.

Era un triste slip absorbente y terriblemente blanco. Se me habían agotado los *goodnites* y los *pull-ups* lindos, pero al menos servirían igual de bien. Apenas para un escape pequeño, realmente no representaban

una "protección" muy grande, pero cumplían su función de placebo mental. Me puse los pantalones de regreso y me calcé unos tenis simples para salir de prisa de casa, que ya empezaba a oscurecer.

Valentín me había enviado la dirección de su casa esta mañana, me ilusionaba tener su número de teléfono, pero al mismo tiempo me entristecía que no tuviera una foto suya de perfil en el *whatsapp*. Solo tenía lo que parecía la foto cómica de un hamster haciendo la seña de la paz con sus garritas.

Quien sabe, quizá con algo de suerte podía conseguir una foto con él en la cena... Aunque ¿Para qué quería una foto con él ahora? Seguro tiene novia. Los escuché discutiendo por teléfono cuando me llevó a bañarme en su gimnasio.

Solo de pensar aquello se me revolvía el estómago. Claro que iba a terminar enamorándome de un chico hetero e imposible. Seguro que incluso no teníamos nada en común. Comencé incluso a pensar en poner una excusa y escaparme de la cena, cuando de camino y sosteniendo mi teléfono con el chat de Valentín abierto para intentar inventar alguna escapatória, escuché un bocinazo a mis espaldas que casi me hace soltar el móvil del susto.

Al darme la vuelta, me di cuenta que era la camioneta en la que había viajado justo ayer. Con un Valentín sonriente saludando desde el interior, haciéndome señas para que me acercara.

—¡Tienes mucha suerte! Justo voy a casa, y pasé por aquí por pura casualidad. ¡Sube, vamos!

—Yo... sí. Ok.

¿Se supone que debía pensar que la suerte me estaba sonriendo? Me planteé salir corriendo y fingir demencia. Pero en lugar de eso solo abrí la puerta y subí con algo de dificultad a aquella camioneta vieja.

—Olvidé preguntarte si eres alérgico a la soya. Violeta es una fanática de abusar de la soya. Creo que aún tenemos tiempo de ir por una pizza si lo prefieres.

—No, no. Yo como de todo. No tengo problema —me apresuré a responder desviando un poco la mirada hacia mis rodillas que temblaban, hasta que las detuve con ambas manos.

—Bueno, solo te advierto que su cocina puede ser algo "especial". No está mal si quieres decir que no tienes hambre o que ya has comido por error o algo. ¿Qué música te gusta, Erick?

—D-de todo un poco, como la comida.

—¿En verdad? ¿Qué me dices de un poco de esto?

Encendió el estéreo de la camioneta, que desentonaba bastante del resto de la carrocería por lo moderno del mismo, y con un par de clics en la pantalla, el sonido de sintetizadores comenzó a ritmo lento mientras una batería se le unía y una guitarra eléctrica le secundaba. Luego de unos 40 segundos escuché una voz intensa y entonada.

"I want to break free
I want to break free..."

—¡Aguanta el Refriiii!! —gritó Valentín encendiendo el auto y agitando su cabeza tal cual roquero, al mismo tiempo que el motor se agitaba. —Jaja, ¿te gusta Queen?

"God knows I want to break free...
I've fallen in love"

—¿Ese es Queen? Creo que he escuchado un poco de su música. Es buena.

—Me hubiese gustado nacer unas décadas antes, lo suficiente para haber ido alguno de sus conciertos. Ese hombre era una bestia.

Lo escuché con atención por un rato mientras me contaba muchas cosas acerca de la música que le gustaba. Me habló del video musical de aquella canción y me sorprendió saber lo que aquellos hombres habían hecho, vestidos de mujeres para intentar cantar una canción acerca de querer ser libres.

Valentin sonreía mientras me decía todo aquello, francamente emocionado como si fuera un niño contando la trama de su película favorita. El tiempo me pareció irse volando, cuando estacionó la camioneta, y girando la llave, la música se apagó al igual que el motor.

—Bienvenido a nuestro castillo —pronunció abriendo su puerta y saliendo de un saltito.

Bajé también, más despacio y contemplé aquella casa, que si bien no era una mansión ni mucho menos, si me parecía enorme. Era de dos pisos de alto, con una gran cochera que tenía ya un par de autos en ella, junto a un bonito y cuidado patio frontal con pasto verde recortado, y un tronco alto y de ramas recortadas de lo que en su día había sido quizá un nogal ahora invadido por una enredadera de hojas gigantes. Valentin abrió el portón de barras de metal y me invitó a pasar con un movimiento de su brazo.

Entramos a casa solo para encontrarnos con un olor ligeramente picante y afrutado que me hizo salivar un poco. Era un olor delicioso que manaba de la cocina.

—Ohhh, te has lucido esta vez, Viole, ¡eso huele muy bueno! —gritó el moreno frotando sus manos y relamiéndose los labios.

Me tomó entonces de la muñeca derecha y me llevó casi corriendo atravesando lo que parecía una vieja sala de muebles cuidados hasta un amplio comedor de madera donde ya estaban tres platos servidos y humeantes.

Parecía un plato de pasta, con fideos planos que parecían tiras de papel dorado, trocitos verdes de cebolleta encima junto a camarones esparcidos por todos lados de un domo caramelo y lo que parecía una yema de huevo coronando la cima del montículo de pasta. Sinceramente, junto con el dulce aroma que desprendía, se veía muy apetitoso.

—¿Llegaron al mismo tiempo? Bienvenidos, chicos. Espero tengan hambre —pronunció la señora Violeta, haciendo notoria su presencia, que hasta ahora había pasado desapercibida, opacada por la grandiosidad de sus platos—. Siéntense, siéntense. El *Bancha* se puede servir frío, pero los fideos saben mejor calientes.

Me apresuré a tomar una silla para no incomodar a mi anfitriona, pero tan pronto la tomé, el moreno me detuvo poniendo sus manos sobre las mías.

—Disculpa, creo que este es mi asiento.

Dijo aquello con una sonrisa y jalando la silla a su lado, me invitó a sentarme a su lado.

—Discúlpalo, Erick, es que su plato es un poco diferente. No le gustan las gambas ni el huevo, es un irrespetuoso a mi cultura —pronunció la mujer en un perfecto español, haciendo como que se limpiaba unas falsas lágrimas con un falso pañuelo en su mano.
—Solo sabes cocinar mariscos, estamos en medio del desierto, no se como no te da una indigestión con esas cosas de dudosa procedencia.

—¡Chamaco insolente! —respondió dándole un manotazo de lleno en la frente —. ¡No son gambas de sopa instantánea! Son los mejores camarones de la ciudad, que lo sepas.

Observé el plato de Valentin y era cierto que lucía diferente, con salchichas en lugar de camarones y sin el brillante huevo semi crudo encima. Quizá era solo un poco quisquilloso con la comida.

—Tu madre me ha dicho que te encantan los mariscos —continuó la mujer sonriéndome mientras tomaba asiento frente a nosotros y empezaba a servir nuestras bebidas de una tetera metálica.

—Sí, me gustan mucho. Pero no suelo comer mucho, son un poco caros por aquí.

—Pues me alegra, me alegra. Pocas veces puedo hacer platillos así por que se me hace un desperdicio no poder compartir estos sabores con alguien más. Valentin tiene el paladar de un remilgoso niño de 5 años.

—Viole, ¿quieres dejarme en paz? Yo como muchas cosas, no es mi culpa que solo sepas cocinar las cosas que odio.

—Muchacho mal agradecido, ¿no crees que me duele verte comprar pizzas a casi diario? Te pondrás redondo como tu padre cuando envejezcas.

Un silencio incómodo se hizo presente luego de aquel regaño, luego de lo cual el rostro serio de Valentin se rompió en una sonora carcajada, que casi escupe su Té cuando intentaba darle un sorbo.

—¡Cómo eres una señora dramática! *Ja ja ja*.

Ambos rieron y yo me reí con ellos al notar que el ambiente se relajaba. Comimos con gusto entre bromas tranquilas. Yo me la pasé dando algunos vistazos quizá no muy cuidadosos a la decoración del

lugar; las paredes llenas de cuadros con paisajes pintados de Europa y japon. Detrás de la señora Violeta, una vitrina de madera y vidrio exhibía algunas muñecas japonesas, libros desgastados con lomos en muchos idiomas y piezas de porcelana que parecían querubines franceses. La combinación me parecía curiosa.

—Todos esos, son recuerdos de mis viajes y mis otras vidas —pronunció la mujer con una sonrisa que acentuaba las arrugas en las comisuras de sus ojos y sus labios. Me pareció más vieja cuando me miró, a pesar de que no debía tener quizá más de 50 años.

Sus ojos pequeños brillaban con una felicidad tranquila propia de quien había vivido muchas cosas.

—A pesar de su apariencia, siempre pensé que usted debía ser Mexicana, su español es muy bueno. —le respondí con sinceridad.

—Gracias, muchacho. En cierta parte me siento mexicana, ya casi llevo la mitad de mi vida aquí y se ha vuelto mi hogar desde que Valentín está conmigo. Valentín le sonrió con la boca llena y tomó su mano lentamente, apretándola con delicadeza. Ella correspondió el gesto dando unas palmaditas a sus manos entrelazadas sin soltarlas.

—¿Cómo es que terminó en una ciudad perdida del México desértico?

—Pues, es una larga historia. Yo era una muchacha despreocupada y a la vez llena de preocupación por el futuro, como todos los japoneses del mundo. Siempre con un peso en los hombros que nos cargan nuestros padres, la sociedad y nosotros mismos. Aunque yo quería seguir mis sueños, ¿sabes? Quería ser escritora, que mis libros llenaran estanterías de todo el mundo e hicieran películas de mis historias. Pero siempre sentí que algo le faltaba a mis historias. Podía escribir páginas y páginas sin cansarme o hasta que la tinta de

mi máquina de escribir se secaba. Pero eran siempre historias que no llegaban a ningún lado. Historias interminables que no encontraron nunca su final.

Le di un sorbo a mi té, sin apartar la mirada de ella.

—Hasta que me ofrecieron un trabajo de asistente y traductora, tenía en ese entonces un tío en Ciudad de México y había pasado un mes entero aprendiendo español ahí. El trabajo no era de traductora de español, pero el italiano es bastante similar. Me pagaron unas clases y en poco tiempo estuve viajando a Europa. Conocí España, Roma y Francia... No sé cómo terminé en las regiones de Borgoña, ni siquiera se me daba bien el francés. Pero ahí conocí a una española anciana y adinerada que me presentó luego a un escritor Inglés y su secretario/amante que se alojaban en el mismo hotel que nosotras. Nunca voy a olvidar a ese señor, tan refinado y amable, que me ofreció gustoso aprovechar una visita a una hacienda que tenía en una pequeña isla de Grecia. El hombre paraba ahí un mes cada año, pero ese en particular tenía la agenda llena de trabajo. "Una casa si no se usa trae problemas, los caseros no prestan la debida atención a su trabajo" decía el viejo cincuentón para convencerme, y lo hizo. Me pagó el viaje y avisó de mi estadía.

No tardé en darme cuenta que mi bebida se había acabado. Dejé el vaso vacío a un lado y me recargué con los codos en la mesa y las manos en la barbilla sin importarme tanto estar faltando a la etiqueta. Estaba sumido en la historia que me contaba la señora Violeta, y Valentin igual, recargado en su silla sin apartarle la mirada.

—Ya conocía un poco Grecia. El trabajo me había llevado a algunas cenas y reuniones de negocios por ahí. Pero era diferente viajar en un crucero que te

llevaba de isla en isla y poder parar en una de ellas por un tiempo indeterminado me sabía a las mejores vacaciones que podía tener de mi propia realidad. Tan pronto llegué me percaté de que no estaría sola por completo. Una mujer madura, que me llevaba al menos unos 15 años de diferencia, que poco o nada se notaban porque los cargaba con gracia y porte. Ella conocía también al dueño de la casa y resultó que nos invitaron casi al mismo tiempo. Una cosa llevó a otra y en poco tiempo estábamos ambas disfrutando desnudas en las playas privadas de la zona.

Tanto Valentin como yo nos miramos a los ojos con el rostro sorprendido pero en un silencio solemne ante lo que contaba su madrina.

—La única relación que tuve en mi vida fue aquella mujer Coreana-japonesa que encontré en una isla perdida de Grecia. Parecía obra del destino. Nos amamos ambas por décadas, en secreto, porque estaba casada. Era empresaria en nuestra natal Japón, así que debía conservar las apariencias. Conseguí un puesto permanente en México, y ella me visitaba con frecuencia. Pasábamos meses juntas, hasta que falleció hace doce años. Para mi sorpresa me dejó algo de dinero, lo suficiente para mudarme a una zona más alejada y tranquila. Aquí es donde estamos comiendo ahora. No es el mejor lugar del mundo, pero es tranquilo y el calor me recuerda a Yokohama en el verano, mi época favorita del año.

Al terminar, se bebió su té en un largo trago. Y nos miró con una sonrisa de labios.

—¿Su nombre siempre ha sido Violeta? —pregunté.
Ella negó con la cabeza.

—Es una traducción literal de "Violeta". Sumire, en japonés, es una abreviatura que hace referencia a la flor.

—Sumire —repetí—. Es un lindo nombre.

—Gracias. Erick también lo es. Un nombre muy bonito, ¿Sabés lo que significa?

—No, la verdad que no.

—Bueno, no se mucho de lenguajes antiguos, pero podría casi asegurar que es algún lenguaje nordico antiguo, suena parecido a Islandes moderno. Son dos palabras de hecho; Único, o Eterno y Principe, o Gobernante... Quizá algo como “Gobernante Eterno”. Los nombres mexicanos a veces vienen de muchas partes y es curioso las formas que adoptan.

La señora Violeta entonces se levantó de la mesa y sacudiendo su vestido verde, tomó los platos de la mesa y se los llevó con una pequeña reverencia.

—Muchas gracias, estuvo deliciosa.

—Sí, es verdad. Quedó muy bueno, Viole —añadió Valentín.

Suspiré un poco, con la barriga llena.

—Y... ¿Qué hay de ti? —pregunté mirando a Valentín, que me miró enarcando una ceja —Ella ha dicho que no siempre has estado aquí. ¿Cómo llegaste a vivir con una señora Japonesa que parece maestra de idiomas?

—Esa no es una historia tan larga ni tan interesante, la verdad. Mi papá era su amigo, eran cercanos. Le pidió ser mi madrina y cuando murió mi padre ella me ofreció asilo. De eso al menos ya unos 9 años.

—Ohh, lo lamento mucho.

—No te preocupes, es algo que ya tengo superado, o al menos eso creo —dijo desviando su mirada a sus manos y también a un reloj digital que llevaba en la muñeca. —Ya es algo tarde. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Sí claro, si no es una molestia.

Él negó con la cabeza y se puso de pie.

—Por supuesto que no lo es.

Me despedí de la señora Violeta y agradecí la comida y la hospitalidad repitiendo lo de las reverencias que le había visto hacer alguna vez hasta que salimos por la puerta y regresamos a la camioneta. Tan pronto encendió el motor, la música de Queen nos rodeó de nuevo.

—Y bueno, ¿qué más puedes contarme de Queen? Creo que los buscaré cuando llegue a casa —dije con una sonrisa al tiempo que el rostro de Valentín se iluminó feliz al escucharme.

Debo admitir que esa música empezaba a gustarme, no solo por el ritmo que era genial, si no por todo lo que Valentín contaba que había detrás de ella. No tardamos en llegar a mi apartamento, le agradecí por llevarme y abrí la puerta.

Justo antes de salir, Valentín me detuvo tomándome de la muñeca. Rozando mi pulsera arcoíris y aferrándola con el pulgar.

—Erick, espera —dijo con una voz seria.

—¿Sí?

—Eres muy agradable, te gustaría salir alguna vez, ¿a cualquier parte? ¿Solos, tú y yo?

Creo sentí la sangre subirme al rostro y ponerme rojo como un tomate cuando escuché aquellas palabras. ¿Quería... quería salir conmigo? No sabía que me preocupaba más si hacerme ilusiones o meterme sin querer en un *Broamance* que me sabría a mal chiste.

—Yo... Este... Sí, cuando quieras. Tengo libres los Domingos.

—¡Muy bien! —dijo soltándome al mismo tiempo que una alegría infantil regresaba a su semblante. —Ya pensaré en algo. ¡Nos vemos!

Lo vi marcharse y al mismo tiempo que mis sentimientos se volvieron locos. Quizá él solo estaba siendo amable, y yo, me estaba haciendo otras ideas.

—¡¡Aghhh!! —Grité sobre un peluche de oso intentando amortiguar mi ira al llegar a casa.

No debí aceptar para nada ir a esa cena en primer lugar. Pero al mismo tiempo, estaba agradecido de haberlo hecho.

Aviso de Privacidad.

Este documento es parte de una serie de textos más grande, todos propiedad Intelectual de Dorian Logan, digitalizado y distribuido en canales oficiales autorizados por el mismo. Está prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del dueño de los derechos, Dorian Logan, sin previa autorización.

Solo se permite uso privado y personal que haya sido adquirido por medio legal.

Contacto: dorianlogan23@gmail.com

<https://subscribestar.adult/dorianlogan>

<https://t.me/notdorito>

Todos los contenidos son para mayores de 18 años.